

testad de las tinieblas, y trasladado á la luz y al reino de de Dios: *translatus es in Dei lumen et regnum.*

De estas palabras de tan insigne Santo Padre podemos fácilmente inferir las glorias que se nos han comunicado en el misterio de la Encarnacion adorable del Verbo que se ha obrado en las entrañas de María Santísima, pues en ese misterio, no solo hemos sido libres del poderío ominoso del demonio, sino que nos hemos hecho participantes de la naturaleza divina: *divinæ consors factus naturæ.* Y es que en las entrañas purísimas de María se ha verificado la Encarnacion, la union perfectísima de ambas naturalezas, divina y humana; resultando que por esta union inefable, María ha sido elevada á la dignidad de Madre de Dios, porque ha prestado el vestido de nuestra naturaleza al Verbo eterno, y el Verbo eterno ha estendido hasta nosotros el beneficio importantísimo de la maternidad de María haciendola tambien Madre nuestra, en lo cual nos toca tan grande gloria, al mismo tiempo que tanto la ha glorificado: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Así es en efecto, H. M., por la Encarnacion «del Verbo se ha hecho Hombre verdadero:» *et Verbum caro factum est,* y se ha hecho hombre en las entrañas purísimas de María. Desde entonces este Señor «ya no nos llama siervos, sino amigos suyos:» *jam non dicam vos servos, sed amicos meos;* y quiere que nos consideremos como una misma familia en Él, y Él nos llama con el nombre de hermanos: *vade autem ad fratres meos.* Oidle si no cuando próximo á subir para tomar posesion por nosotros, y para nosotros de nuestra herencia comun, que es el cielo que nos ha ganado con su preciosa sangre, dirigiéndose á María Magdalena, á quien ha aparecido despues de su resurreccion, le dice: «ve á mis hermanos, así llama á sus discípulos y en ellos á todos nosotros, y diles: me subo yo hácia mi Padre y Padre vuestro, hácia mi Dios y Dios vuestro:» *ascendo ad Patrem meum, et*

Patrem vestrum; Deum meum et Deum vestrum. ¡Ah! nos llama sus hermanos, porque la Santísima é inmaculada María es su Madre, y siendo su Madre no puede menos de ser tambien Madre nuestra, porque somos verdaderos hermanos de Jesus que ha nacido de María: *de qua natus est Jesus.* Si, A. M., nuestra Madre, no segun la carne y la naturaleza, sino segun el espiritu y la gracia; nuestra Madre, no para darnos la vida del cuerpo, sino para obtener á nuestra alma la vida de la gracia que es infinitamente mas preciosa. ¡Cuánta gloria ha resultado á la humanidad de la Encarnacion de Dios en el seno virginal de María, en quien «el Señor, que es omnipotente y santo su nombre, ha obrado cosas maravillosas!» *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

De esta maternidad espiritual de María para con nosotros surgen destellos de gloria para la humanidad, mal que pese á los protestantes que enemistados con esta bendita Señora, no reconocen ciertos títulos y prerogativas que nosotros los católicos reconocemos en Ella, porque ha venido á ser nuestra Madre en la Encarnacion del Verbo. Así es que nosotros llamamos á María «la causa de nuestra alegria» y de nuestra salvacion: *causa nostræ letitiæ,* y la «puerta por donde entramos en el cielo:» *janua cæli.* ¿Y cómo ha de ser esto, replican los amantes de la Reforma, si solo Jesucristo es quien nos ha rescatado con su sangre, y Él nos dice, «yo soy la puerta de las ovejas:» *«ego sum ostium ovium?»* Nosotros con San Ireneo, al decir que «María es la causa de la salud de todo el género humano:» *María universo generi humano causa facta est salutis;* no pretendemos sostener que Ella sea la causa primera y principal de la salvacion, pues esta gloria únicamente pertenece á Jesus nuestro Salvador y Mediador; pero si que es la causa segunda é instrumental, y que recibiendo las divinas influencias de la primera causa la distribuye sobre todo el género humano, como madre amorosísima

que es de todo él. Nosotros al decir con San Agustín, en su Sermon XVIII, que «María es la puerta del cielo, la Escala celestial por la que Dios ha descendido á la tierra, á fin de que los hombres merezcan subir al cielo,» sostenemos con ese grande y eminente Doc'or de la Iglesia, que María por su humildad ha dado la vida á los mortales, ha renovado los cielos, ha purificado el mundo, ha abierto el paraíso, ha librado del infierno las almas de los hombres, contribuyendo poderosamente de este modo á la salvacion de los hombres y que puedan entrar en los cielos. ¿Y estos sentimientos y sacrificios de María no dicen que ha contribuido eficazmente á nuestra salvacion para que con razon la llamemos «la puerta del cielo:» *janua caeli?*

«La maternidad de María, A. H., dice un célebre apologista, y el holocausto del Hijo de Dios están conjuntos en la obra de nuestra salvacion, no solamente en la cruz sino en la concepcion del Hijo de Dios, que es el vínculo de mortalidad con el cual se ha enlazado. Desde el origen de su maternidad, María es tambien la madre de nuestro rescate, nuestra Madre; y cuando en la cruz, atravesada, como le habia sido predicho, del mismo cuchillo de dolor que su Hijo, es declarada Madre nuestra, no hace sino acabar de constituirse tal, y consumir tambien por su parte «la obra que se le habia encargado hacer» y que era la misma que la de su Hijo. Esta obra era ser segun la carne Madre de nuestra cabeza, para serlo segun el espíritu Madre de sus miembros, como dice San Agustín: *carne mater capituli nostri, spiritu mater membrorum ejus*. Por manera que en Cristo ha engendrado María al mundo, á la humanidad nueva, á todos los cristianos: *quos in uno genuisti*, como dice San Ambrosio, y que, nueva Eva, á Ella debemos la primera el título del hermoso dictado de «Madre de los vivientes.» Y así como es nuestra Madre, y por ser Madre nuestra, tiene todas las prerogativas que son inherentes á esta cualidad,

para prestarnos con ellas todo socorro; y por Ella nos vienen todas las glorias, al modo que por Ella nos ha venido su Autor.»

¡Ah! ¿pudiéramos esperar, M. A. H., tanta gloria como nos ha resultado de la Encarnacion del Verbo en las entrañas de María, viniendo á ser por este misterio adorable, no solamente Madre de Dios, sino tambien Madre nuestra? No digan ya por Dios nuestros desgraciados hermanos los protestantes, que no quieren reconocer á la Santísima María como «Anxilio de los cristianos,» como «Refugio de los pecadores,» como «Salud de los enfermos,» que esta Señora no da la gracia, sino que la recibe; que á Ella no se ha de pedir, sino á Aquel de quien Ella recibe. Si por no dar las gracias entienden que María no es el autor y la causa primitiva de ellas, convenimos en esto; pero si infieren que no las da porque las recibe del mismo Dios, están ciertamente en un error grosero. ¿Dirán por ventura que el estanque no les da las aguas porque las recibe del manantial? Al contrario, él no las recibe sino para darlas, despues de haberse llenado de ellas. «El rio de la gracia, dice el escritor antes citado, derramado del seno profundo del Padre celestial en el humilde seno de María, brota de este como de una fuente pública hasta la altura de su origen, recae en su alma virginal, la cual llena la primera sobre todas las criaturas, y de donde desbordan sobre ellas en mil efusiones, yendo por fin á llevar el espíritu de vida á todo el cuerpo de la Iglesia. Y como este misterio es incesante, incesantemente está María llena de gracias, incesantemente es María su arca y su vertiente.» Déjennos, pues, los protestantes que lleguemos al trono de María para pedirla mercedes sin temor de que pidiendo por este conducto á nuestro Dios llegue á ofenderse este divino Salomon que, despues de haber mandado hacer un trono á su Madre al lado suyo, le ha dicho: «Pedid, madre mia; me es imposible rehusaros nada:» *pete, mater mea: neque enim fas est ut avertam faciem tuam*.

«Bendito sea el Señor Dios de Israel, podemos decir con el justo Zacarías, porque visitó é hizo la redencion de su pueblo;» pues encarnándose en el seno de Maria Santisima, ha venido á conversar entre los hombres, y á ser su Salvador y Redentor. Nos ha colmado de gloria en este misterio, pues ha hecho que nos aproximemos á Él, porque ha tomado nuestra naturaleza de las entrañas de Maria á quien ha hecho su Madre; nos ha colmado de gloria, porque ha hecho que Maria sea tambien nuestra Madre para enriquecernos con sus favores por medio de esta Señora á quien ha designado por depositaria y dispensadora de todas sus gracias, alentándonos en nuestro destierro, y que podemos conseguir la felicidad del cielo á que aspiramos. Ciertamente que el Señor ha hecho cosas grandes con Maria, y estas grandezas sirven tambien para nuestro engrandecimiento y nuestra gloria, no solamente en el tiempo, sino tambien en la eternidad: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Aceptad, Madre Santisima de Dios y Madre nuestra, los humildes homenajes de nuestra gratitud; y pues, prosternados ante vuestro sacrosanto altar, confesamos que al concebir en vuestras entrañas al Verbo divino, el cielo, á la par que á Vos, nos ha glorificado, haced, oh Madre del amor hermoso, que jamás olvidemos la alteza de nuestra dignidad, ni la mancillemos con nuestras indiscreciones; y si en la tierra hemos visto «la gloria de Jesus vuestro Hijo, gloria cual convenia al Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad,» en el cielo le adoremos con Vos por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON PARA EL DIA VEINTISEIS.

(CUARTO DE LA NOVENA.)

María Santisima en Belen honra y engrandece la pobreza, cuyas glorias y ventajas debe conocer y apreciar el hombre.

Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.

Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo su nombre.

S. Luc. I.—49.

Quando venimos recordando en estos dias las grandezas y sublimes glorias de la Santisima Virgen Maria, Madre de Dios y Madre de los hombres, no hemos podido menos de sorprendernos, A. H. M. ¡Ah! nuestro Dios no se ha contentado con preservarla de la mancha con que todos nacemos; no se ha contentado con dispensarla todas las gracias, todos los privilegios, todas las excelencias con que pudo enriquecer á la mas querida de todas sus criaturas; la ha elevado á la dignidad mas encumbrada que la inteligencia humana puede concebir auxiliada de la fe, porque la ha hecho su Madre, y por consiguiente se halla enriquecida con todos los tesoros del cielo. Como Madre de los hombres es tan rica tambien en dones celestiales que persuadidos de su grandeza, y admirados de su excelencia todos los dias la invocamos con los títulos relevantes de «Madre de la divina gracia, Virgen poderosa, clemente y fiel, Espejo de la jus-